

Homilia de la Santa Misa retransmitida por rtv2 desde Vejer de la Frontera. 27 septiembre 2015

Queridos pueblo de Vejer, cristianos de honda tradición y devotos de la Virgen, Ntra. Sra. De la Oliva; hermanos sacerdotes; queridos amigos que participáis en la Santa Misa a través de la televisión, sobre todo los enfermos, ancianos, impedidos y cuantos les atendéis con tanta misericordia:

Jesús nos enseña constantemente a vivir siempre como discípulos. Así lo hemos escuchado en el evangelio. En primer lugar responde a Juan: ¡Qué bien le contesta para que no impida a nadie hacer el bien! Jesús sabe reconocer perfectamente el bien, todo bien, donde quiera que esté, y lo aprecia y valora, y lo alienta y aprovecha, porque Dios es todo bondad, y todo bien viene de El. “Todo lo bueno, todo lo verdadero, todo lo bello, tenedlo en cuenta”, decía San Pablo. Jesús se alegra del bien que vence el mal, venga de quien venga, esté donde esté, y nos enseña así a coincidir con todo lo positivo de la vida y de las personas, a apoyar lo bueno, a dialogar.

Inmediatamente después, Jesús quiere recordarnos lo valioso y exigente que es ser discípulo suyo. Acordaos cuando explicaba que quien le ha encontrado a El ha ganado un tesoro por el que vale la pena venderlo todo, dejarlo todo, porque ha hecho el gran negocio de su vida y tendrá su recompensa eterna. Y también la tendrá quien ayude al discípulo, aunque sea dándole tan solo un vaso de agua. Pero necesariamente tenemos que mantener la elección: quien ha sido seducido por Cristo no puede perderlo por cualquier chuchería o por querer vivir de modo compatible con el mal: ha de elegir aunque le cueste lo que más quiera, su mano, su ojo o su pie, pues, aún así, sale ganando.

Los discípulos del Señor, por tanto, debemos ser dialogantes con todos, abiertos y comprensivos para reconocer todo lo bueno, pero exigentes con nosotros mismos, muy cuidadosos para no perder el mayor de todos los bienes, que es Dios mismo. Se trata, en realidad, de hacer lo que hizo Jesús: amar a todos con infinita misericordia, pero dando la vida por amor a Dios, y por cada uno, hasta morir con entera libertad por nosotros. En una palabra, debemos hacer siempre la voluntad de Dios con total generosidad.

Pero, nos preguntamos ¿cómo podremos vivir nosotros de este modo? ¿No es esto demasiado radical? Jesús, que vence el mal y somete a los demonios, es quien lo hace posible, pues nos ha entregado su mismo Espíritu, para que vivamos según el Espíritu Santo. Este es nuestro secreto ¿recordáis el día de Pentecostés? Cristo nos hizo el mayor regalo: el Espíritu Santo, que es el “alma de la Iglesia”. Con el nos ha llenado de dones, de gracias y carismas. El es nuestro director, guía, fortaleza, consuelo... Es amor, es luz, es paz. El nos adentra en Dios y nos identifica con Cristo.

Con el perdemos el miedo al mal y al maligno, y podemos incluso echar demonios. El maligno, ante el Espíritu de Cristo, pierde la batalla. A nosotros, sobre todo, el Espíritu nos hace templos suyos y nos identifica con Jesús mismo, nos hace otros cristos.

El verdadero secreto es, pues, la fuerza de su amor. Fijaos que donde hay caridad está el Espíritu Santo. El es quien nos hace tener los sentimientos de Cristo para amar la voluntad de Dios y servir a los demás. Su amor nos lleva a una fidelidad exigente, entregada, que supera el escándalo y que vence el mal (recordemos el himno de la caridad de San Pablo, 1Cor 13).

Hemos escuchado al apóstol Santiago cómo denunciaba la “riqueza podrida” de los ricos, y les recriminaba porque defraudaban a los trabajadores, y vivían “entregados al placer” (Sant 5, 1-6). Dios no permite al cristiano aceptar el mal. De modo muy parecido el Papa Francisco dijo en Bolivia que el dinero injusto era “estiércol del diablo”, y denunció el capitalismo corrupto que descarta al pobre. Ahora acabamos de seguir al Papa Francisco en Estados Unidos. El sabe bien tender puentes a los alejados aceptando sus valores, pero es valiente defendiendo a los débiles y necesitados porque no se ocupa de si mismo, defiende el bien y la verdad, no su interés. En Nueva York nos ha pedido vivir la vida cristiana en su totalidad, y promover los valores de justicia y solidaridad; nos invitó a dar la vida y denunció el pecado del egoísmo, la injusticia, la desigualdad y el ansia de poder. Ojalá que el mundo entero quiera oír un mensaje así, un mensaje de compasión y de comprensión, y que nosotros lo vivamos con coherencia y entrega.

Ser discípulo de Jesús, seguirle de cerca, con fidelidad, supone renunciar al mal, al pecado, y estar dispuesto a elegirle siempre a él hasta dar la vida. Solamente así aprendemos a vivir para los demás aceptando la cruz, e incluso la persecución.

Si la vida de los santos nos atrae tan fuertemente es por su amor generoso y por el olvido de sí mismos. Recordemos hoy a San Vicente de Paul, que vivió una vida llena de aventuras, sacrificios, entrega, pero feliz de vivir amando a Cristo y de darlo a los demás. Recordad también al apasionado San Francisco Javier, misionero incansable, evangelizador sin fronteras; o a Santa Teresa de Jesús. O a contemporáneos nuestros como la M. Teresa de Calcuta, Sta Maravillas de Jesús, el Papa Juan Pablo II, Santa Ángela de la Cruz, etc. Y todos los mártires. ¿Cómo no mirar a los cristianos perseguidos actualmente por su fidelidad, que pierden sus posesiones, sus tierras, y hasta sus vidas en Siria, Irak, Nigeria.... ? Las palabras de Jesús que hemos escuchado hoy son su regla de vida, su propia experiencia, su alimento cada día: ellos pierden mucho más que la mano o un pie; pierden hasta la vida, pero no pierden al Señor Jesús.

Todos experimentamos la tentación de muchas formas. Pero Jesús nos enseña ante todo a diferenciar el bien del mal, y nos da su Espíritu para que tengamos la luz y la fuerza para ser fieles. Debemos pedir por tanto, el don de discernimiento y el don de consejo. Es difícil para nosotros ver la voluntad de Dios a través de la niebla de la contaminación del pensamiento dominante. Pero de eso se trata, de no dejarse

engañar, puesto que la lucha entre el bien y el mal se da en cada persona. (Hoy parece que solo nos fijamos en el mal que hay en las estructuras, y no en nuestras decisiones personales). Para ser fieles al Señor debemos hacer siempre examen de conciencia: cada día o, al menos, cuando nos confesamos, pues es como la higiene del corazón que no quiere perder al Señor ni perderse. Cuando experimentamos la confesión de los pecados, meditamos el Evangelio y vivimos en la gracia de Dios, cuando pedimos consejo evangélico con sinceridad, el Espíritu nos guía mejor. Jesús mismo nos enseña que debemos pedir cada día al Padre: “No nos dejes caer en la tentación”, “líbranos del mal” . Lo necesitamos para cuidar nuestra fe y avivar nuestra caridad. Digámosle hoy también: Padre, “hágase tu voluntad”, siempre tu voluntad, por encima de mi gusto o interés, dame la gracia de ser siempre fiel.

Queridos hermanos: Que nos sintamos dichosos de ser discípulos de Jesús, amados y seducidos por El, guiados y confortados por su Espíritu. Puesto que queremos ser fieles le decimos hoy: ¡Ven Espíritu Santo!. Seamos siempre amigos fieles de Jesús, testigos gozosos del evangelio, capaces de amar como El, y, sin duda, sentiremos como nuestras las palabras con que orábamos con el Salmo 18: “ Los mandatos del Señor alegran el corazón”. AMEN.